

Rosales Para El Olvido

Julia Y Bustamante

Image not found.

Capítulo 1

Rosales para el olvido Julia Y. Bustamante 1 Rosales para el olvido Lourdes concepción de Jesús era su nombre y recuerdo bien, porque ella estaba absorbida de un no sé qué de ascetismo. La vida de ella tenía significado en la conexión con un poder universal. Y como un despliegue de su esencia virtuosa oraba dos veces al día. Fielmente vivía a esas promesas adquiridas años atrás y que cumplía especialmente los primeros días del mes. Estas devociones eran para ella como leyes divinas, que sobrepasan toda normalización de acuerdo a como yo repaso ahora. Es que la mente humana puede relacionar a veces una sola visión, y confortable a ella vino un mensaje celestial o una inspiración gloriosa para que cambiase su existencia. Mi abuela hizo memoria además y de un tiempo en que ellas fueron vecinas. En mi infancia adquirimos una clase de recelo o más bien desagradados por personas como Lourdes. Representaban un paro al progreso de la ciencia. Seguimos su historia como la mejor telenovela de mi comarca. Ella marchaba a rezar en un son de rito interminable, que incluso nos dirigía las horas de nuestras rutinas diarias, como la cena a las siete. La vimos sollozar de alegría en una entrega total por abrir las puertas de la salvación del mundo.



'Buenas noches señora Lourdes' Decíamos mientras unos tiraban la pelota jugueteando y otros travesaban en rondas antes de la comida. Y ella acomodaba un velo negro sobre una cabellera azabache y rizada, mientras hacia un gesto de saludo mudo y que talvez no la hiciera perder su sublime concentración. De mañana muy temprano espesaba el peregrinar con cansados trancos, que repitieron una y otra vez la misma práctica. Era dueña de esa calle en mi poblado, y ella la habría refinado de tanto andar. A la hora de ir a la escuela y 2 por ser nuestro vecindario pequeño y con pocos niños, ella era un pasa ratos.

Apareció el establecimiento de unas carpas de gitanos, ellos desequilibraban un tanto las mociones de nuestra gente. No es que nuestro lugar fuera aburrido, pero sin ellos aquel pueblo era muy corriente. El no moverse del terruño por muchas generaciones creaba una especie de estatus superior.

En un impulso de incertidumbre Lourdes se dirigió a una de las carpas que inspiró igualmente curiosidad, tenía esta una decoración teatral en una

variedad de cortina púrpura. Allí sacaban la suerte o la mala, para aquellos que pensaban que indagar en presagios futuros no era un enorme pecado, si es que se acompañaba con oraciones.

'Y tú que haces aquí mujer'.

'Yo, yo quiero sacarme la suerte'.

Una Mujer de mediana edad con largas polleras y un centenar de collares la hizo pasar al toldo, en la cual se respiraba más bien un aire maloliente de humedad.

Lourdes tomó asiento, y quedó un tanto acobardada, era mucho la presencia de estos mundanos impenitentes y que por eso ella nunca se había confiado de estos tropeles sin espectro.

'Y tú tienes algo de oro' Insinuó la mujer mirándole una cruz que colgaba de su cuello, la cual era un recuerdo preciado. Desentendida del místico objeto ubicó el asiento frente a una pequeña mesa, donde la gitana esparció las cartas y aseguró que decían verdades puras.

Lourdes con disimulo, aprovechó para echar una ojeada, pero fue directo a la partícula 'Yo quiero saber de un hombre' 3 Luego dejó notar un corto recelo y desvió la vista hacia los pequeños cartones. En sus más recónditos pensamientos, aun habitaban la esperanza de una respuesta certera.

'es pariente tuyo' 'así es' Lourdes descubrió en la gitana una mirada de poder, como si esta hubiese obtenido su alma en las manos. Luego ella abatidamente descolgó la joya de la madre y la ofreció por negocio, en un gesto de resignación a la perdida de aquello valorado. La mujer fijó la vista sobre el mantel de cartas y murmuró enseguida un mensaje de misteriosa voz, 'te liberaras de tu desconsuelo y encontraras un empoderamiento'.

A pesar de que no adquirió una respuesta muy substancial, no lamentó la entrega y por el contrario ese despego brindó un alivio.

Muchos comentaban en voz baja esa dedicación insistente a las mandas, además de las flores como una vida pasional. Amigos que conocían de promesas comentaban con lastima, otros ilustraban directamente y en forma jocosa.

Lourdes fue afectuosamente conocida como la llorona de los rosales de Jerez, ese es el nombre de la calle principal que era la única que tenía el caserío en mis tiempos de niñez. Los rosales de Lourdes crecían y progresaban en una tradición interminable, de los cuales ella habría hecho un radiante edén y sustento. Y viendo ella pasar lánguidamente sus días, cortaba botones encendidos en un mundo casi sin alteración. La caravana de gitanos, se marchó, cantando calle abajo, entonando cancioncillas al pueblo y buscando otros sitios para alocar. 4 De improvisto no vimos pasar a Lourdes antes de la escuela y la hora de la comida. Le comenté a la abuela, quien inmediatamente formó una especie de comisión investigadora y con fines de registrar la casita de ella.

Al parecer sin mayores rezongos abrazo una nueva perspectiva, desestabilizando frenéticamente el orden de nuestro diminuto universo, el cual era muy consciente de la vida de otros. Con esa determinación dicen que medio dormitó, deliberando la forma más efectiva de liberarse de

aquellos fastidiados, pero sagrados votos, sin ofender a ningún santo ciertamente. Concluyó que la virgen entendería, porque también era mujer. La mente de ella había estado hormigueando ideas y recuerdos. Al parecer le pareció menos desagradecido 'el ingrato'. Concilió unas horas de sueño, y llegó donde los gitanos despidiendo aromas de pan amasado recién hecho.

Las mujeres crecieron en una amistad un poco inusual, para mucha gente del lugar y para el clan igualmente.

Aunque era concebido que toda la vida de Lourdes estaba sumergida de extrañezas. Josema era viuda y con un hijo de unos treinta años que aún no terminaba por emparejarse y que tenía mucha influencia sin ser jefe. Un frío amanecer de invierno escarchaba la punta de los dedos de los pies, y Lourdes se preparó para una última peregrinación, directo a la iglesia, quizás con una conclusión ya hecha. Ella dejó una morada y floridas mosquetas por la cultura errante. Desde ese tiempo el mundo se exhibió con mejores matices ante los ojos de esta aventurera. Y siendo ella igualmente un poco vidente y vertiginosa a prodigios, compartió el ejercicio de las barajas con Josema. Algunas veces dejó algo para subsistir. Quedó temporalmente reconciliada con el deslumbramiento de aquella clase de subsistencia. Podía engatusar almas sufrientes, y resistir caminatas de duras calles.

Explorando extrañas arboledas, desolaciones rocosas, montañas, prados rosados y amarillos, vivió ella los mejores años de su lapso terrenal. La belleza del paisaje recompensaba el saberse no integrada al grupo de gitanos, aunque disfrutaba mucho de bailes y del enorme regocijo que desplegaban en sus festines. Ellos no eran completamente pertenencia en linaje. El hijo de Josema vivía obstinado en hacerle ver que ellos no eran precisamente su familia.

Un día de sol tibio arribaron a un insólito pueblecito después de viajar dos años. El lugar era a orillas de un enorme lago verdoso. Lourdes permaneció sosegada, y se fue al medio de la pequeña aldea. Y de donde no fue fácil divisar la otra orilla. Prevaleció en su alma ese bello espejismo entre unas cumbres que todavía tenían nieve. El paisaje otorgó una sensación de armonía adentro y en una familiaridad incomprensible se dejó estar. Como que sus pies hubiesen tocado antes semejante superficie.

Ya un poco fatigada y enflaquecida, intuyó que habitaría allí un tiempo indefinido. Aunque por esos días no logró deducir que aspecto en su interior tenía ella todavía herido. Eventualmente los gitanos continuaron viaje y ella consiguió con el cura de la aldea un trabajo ocupándose del que hacer de la capilla. Cocinando para Hipólito, fue dichosa y sirviendo a Dios una vez más.

Cortando un día unos rosetones para el altar, disfrutó de esos nostálgicos aromas. De pronto unos pasos la distrajeron de la encomendada labor. Hacia ella se dirigió un borrachín que preguntó por el cura. Ella no tomó atención del desaseado, una formidable barbilla blanca cubría el rostro del hombre. Tenía un aspecto de un acabado pordiosero marginado o a quien la savia de esta existencia cobró imperfecciones de vidas pasadas.

Caminó con dificultad hacia ella.

-¿Desea usted algo para comer? insinuó calmada y amable' Aunque reconoció un no sé qué familiar en el personaje, que la hizo vacilar doblemente. El la habló por su nombre y levantó la vista en ella. Una lágrima se desplegó hacia su grana nariz.

Escuchó ella una voz inconfundible, sintió que sus muslos estaban sufriendo una parálisis. Quizás la vista la desafió con un panorama incomprensible.

'Si soy yo' Lourdes concibió una enorme descarga de emociones, se confundió en el sentido. El laberinto no la dejó recapacitar. El momento que tanto había rezado, se presentó decepcionante cara a ella. Vicente estaría feliz con su exuberante y seductora mujer, y que tal vez tendría hijos, expresó ella.

Él hombre respondió negativamente con voz lastimera.

-La moza no quiso seguir la relación, me abandonó por otro, Después, dijo que estaba viejo y pobre.

-Y mis lamentos, ¿Quién remienda eso ahora? Se recuperó de la sorpresa y después del apasionamiento.

Una compasión se esfumó de ella y una formidable fortaleza en el mismo instante. El imprudente se arrodilló y suplicó perdón. Lourdes le habría ya perdonado.

A primeras luces ella recobró la mantilla negra y la depositó en el altar, retornó a Jerez.

Y dicen que todo esto comenzó cuando un verano Lourdes conversó con una vecina y supo el anuncio de la entrometida. Proclamó esta con picardía que su esposo, tenía amores con la hija de un minero. María mujer de unos cuarenta años, robusta y rasgos agraciados, logró 7 conquistar él serio carácter de Vicente, cuando trabajó para él en su almacén.

Lourdes y Vicente se conocían desde niños, ella siempre estuvo muy enamorada de él. Era una de esas pasiones perdurables, que llegan para quedarte hasta que la expiración de uno u otro los aparte. Aquello de la ingratitud fue mucho para su mente frágil. Por tiempos blasfemaba contra la corte celestial, en otras ocasiones decidió olvidarlo. Cavilaba, y acordaba otro ofrecimiento, con una continuidad infatigable y vehemente, la misma que tenía para cultivar sus rosales.

Estos desprendían tonalidades encendidas y aromas de esencias irresistibles. No me olvido de ella, parece que aún existe y la veo caminando la huella de la Iglesia.